

## **La salida del capitalismo ya comenzó\***

André Gorz

Traducción de Guadalupe Marando

La cuestión de la salida del capitalismo nunca fue más actual. Se plantea con una urgencia y en términos radicalmente novedosos. Por su desarrollo mismo, el capitalismo alcanzó un límite tanto interno como externo que es incapaz de superar, y que hace de él un sistema muerto-vivo que sobrevive enmascarando, mediante subterfugios, la crisis de sus categorías fundamentales: el trabajo, el valor y el capital.

Esta crisis de sistema se debe a que el conjunto de los capitales acumulados ya no es capaz de valorizarse por el incremento de la producción y la ampliación de los mercados. La producción ya no es lo suficientemente rentable para poder valorizar inversiones productivas adicionales. Las inversiones de productividad mediante las que cada empresa intenta recuperar su nivel de ganancia tienen por efecto el desencadenamiento de formas de competencia mortíferas que se traducen, entre otras cosas, en reducciones competitivas de efectivos empleados, en subcontrataciones y descentralizaciones, en la precarización de los empleos, en la baja de las remuneraciones a escala macroeconómica, en la baja del volumen de trabajo productivo de plusvalía y en la baja del poder adquisitivo. Ahora bien, cuanto menor es el trabajo que emplean las empresas y mayor la importancia del capital fijo por trabajador, mayor es la tasa de explotación, es decir: el trabajo excedente y el valor excedente producidos por cada trabajador deben aumentarse. Hay, para este aumento, un límite que no puede hacerse retroceder indefinidamente, incluso si las empresas se descentralizan en China, en las Filipinas o en Sudán.

Las cifras testimonian que este límite fue alcanzado. La acumulación productiva de capital productivo no cesa de experimentar una regresión. En los Estados Unidos, las 500 firmas del índice Standard & Poor's disponen, en promedio, de 631 millardos en reservas líquidas; la mitad de los beneficios de las empresas estadounidenses provienen de operaciones en los mercados financieros. En Francia, la inversión productiva de las empresas del CAC 40 no aumenta, incluso cuando sus beneficios explotan. La imposibilidad de valorizar los capitales acumulados por la producción y el trabajo explica el desarrollo de una economía ficticia fundada en la valorización de capitales ficticios. Para evitar una recesión que desvalorizaría el capital excedente (sobreacumulado), los poderes financieros adoptaron la costumbre de incitar a las familias a endeudarse, a consumir sus ingresos futuros, sus ganancias bursátiles futuras y el aumento futuro del valor de mercado de su vivienda, mientras que la Bolsa capitaliza el crecimiento futuro, las ganancias futuras de las empresas, las compras futuras de las familias y las ganancias que harán liberar los desmantelamientos y reestructuraciones, impuestos por los LBO, de empresas que no se habían puesto al día con la precarización, la sobreexplotación y la subcontratación de su personal.

El valor ficticio (bursátil) de los activos financieros se duplicó en el lapso de aproximadamente seis años, pasando de 80.000 millardos a 160.000 millardos de dólares (o sea, tres veces el PBI mundial), sustentando en los Estados Unidos un crecimiento económico fundado en el

endeudamiento interior y exterior, el que a su vez sustenta la liquidez de la economía mundial y el crecimiento de China, de los países vecinos y, por rebote, de Europa.

La economía real se convirtió en un apéndice de las burbujas financieras. Es imperiosamente necesario un rendimiento elevado del capital propio de las firmas para que la burbuja bursátil no estalle –y un alza continua del precio del inmueble para que no estalle la burbuja de los certificados de inversión inmobiliaria hacia los que los bancos atrajeron el ahorro de los particulares prometiéndoles el oro y el moro–, pues el estallido de las burbujas amenazaría al sistema bancario con quiebras en cadena, con la economía real de una depresión prolongada (la depresión japonesa dura desde hace quince años).

“Caminamos al borde del abismo”, escribía Robert Benton. He aquí lo que explica que ningún estado ose correr el riesgo de volver en su contra o de inquietar a los poderes financieros. Es impensable que una política social o una política de “recuperación del crecimiento” pueda fundarse sobre la redistribución de las plusvalías ficticias de la burbuja financiera. No hay nada que esperar de decisivo de los Estados nacionales que, en nombre del imperativo de la competitividad, han resignado poco a poco, en el curso de los últimos treinta años, sus poderes a manos de un cuasi-Estado supranacional que impone leyes hechas a la medida del interés del capital mundial del que emana. Estas leyes, promulgadas por la OMC, la OCDE y el FMI, imponen en la fase actual el todo-mercantil, es decir, la privatización de los servicios públicos, el desmantelamiento de la protección social y la monetarización de los escasos restos de relaciones no comerciales. Todo ocurre como si el capital, después de haber ganado la guerra que le declaró a la clase obrera, a fines de los años 1970, pretendiera eliminar todas las relaciones sociales que no son relaciones comprador/vendedor, es decir, que no reducen a los individuos a ser consumidores de mercancías y vendedores de su trabajo o de una prestación cualquiera considerada como “trabajo” por poco tarifada que sea. El todo-mercantil, el todo-mercancía como forma exclusiva de relación social, persigue la liquidación completa de la sociedad cuyo proyecto había anunciado Margaret Thatcher. El totalitarismo del mercado se develaba allí en su sentido político como estrategia de dominación. Puesto que la mundialización del capital y de los mercados y la ferocidad de la competencia entre capitales parciales exigían que el Estado no fuera más el garante de la reproducción de la sociedad, sino el garante de la competitividad de las empresas, sus márgenes de maniobra en materia de política social estaban condenados a estrecharse, los gastos sociales a ser denunciados como impedimentos a la libre competencia y trabas a la competitividad, y el financiamiento público de infraestructura a ser aliviado por la privatización.

El todo-mercantil combatía la existencia de lo que los británicos llaman los *commons*, y los alemanes, el *Gemeinwesen*, es decir, la existencia de los bienes comunes indivisibles, inalienables y no apropiables, incondicionalmente accesibles y utilizables por nosotros. Contra la privatización de los bienes comunes los individuos tienden a reaccionar mediante acciones comunes, unidos como un solo sujeto. El Estado tiende a impedir y, llegado el caso, a reprimir esta unión de todos, tanto más firmemente cuanto que ya no dispone de los márgenes suficientes para apaciguar a las masas pauperizadas, precarizadas, despojadas de sus derechos adquiridos. Cuanto más precaria se vuelve su dominación, más amenazan las resistencias populares con radicalizarse, y más se acompaña la represión de políticas que enfrentan a los individuos entre sí y designan chivos expiatorios sobre los cuales concentrar su odio.

Si tenemos en mente este telón de fondo, los programas, discursos y conflictos que ocupan el centro de la escena política se muestran irrisoriamente desplazados en relación con lo que

realmente está en juego. Las promesas y los objetivos puestos en primer plano por los gobiernos aparecen como distracciones irreales que enmascaran el hecho de que el capitalismo no ofrece ninguna perspectiva de futuro más que la de un deterioro de vida continuo, un agravamiento de su crisis y un hundimiento prolongado pasando por fases de depresión cada vez más largas y de recuperación cada vez más débiles. No hay nada “mejor” que esperar si se juzga la mejoría de acuerdo con los criterios habituales. Ya no habrá “desarrollo” bajo la forma de mayor empleo, mayor salario ni mayor seguridad. Ya no habrá “crecimiento” cuyos frutos puedan ser socialmente redistribuidos y utilizados en favor de un programa de transformaciones sociales que trasciendan los límites y la lógica del capitalismo.

La esperanza puesta, hace cuarenta años, en las “reformas revolucionarias” que, adoptadas desde el interior del sistema bajo la presión de las luchas sindicales, terminan por transferir a la clase obrera los poderes arrancados al capital, no existe más. La producción demanda cada vez menos trabajo y distribuye cada vez menos poder de compra a cada vez menos activos; ya no está concentrada en grandes fábricas, como ya no lo está la fuerza de trabajo. El empleo es cada vez más discontinuo, diseminado entre prestadores de servicios externos, sin contacto entre ellos, con un contrato comercial en lugar de un contrato de trabajo. Las promesas y programas de “retorno” al pleno empleo son espejismos cuya única función es mantener el imaginario salarial y mercantil, es decir, la idea de que el trabajo debe ser necesariamente vendido a un empleador y los bienes de subsistencia comprados con el dinero ganado o, dicho de otro modo, que no hay salvación fuera de la sumisión del trabajo al capital y de la sumisión de las necesidades al consumo de mercancías; que no hay vida, no hay sociedad, más allá de la sociedad de la mercancía y del trabajo vuelto mercancía, más allá y fuera del capitalismo.

El imaginario mercantil y el reino de la mercancía impiden imaginar una tal posibilidad de salir del capitalismo e impiden, en consecuencia, querer salir. Mientras sigamos siendo prisioneros del imaginario salarial y mercantil, el anticapitalismo y la referencia a una sociedad más allá del capitalismo seguirán siendo abstractamente utópicos, y las luchas sociales contra las políticas del capital seguirán siendo luchas defensivas que, en el mejor de los casos, podrán frenar durante un tiempo, pero no detener, la interiorización de las condiciones de vida.

La “reestructuración ecológica” no puede sino agravar la crisis del sistema. Es imposible evitar una catástrofe climática sin romper radicalmente con los métodos y la lógica económica que a ella conducen desde hace 150 años. Si se prolonga la tendencia actual, el PBI mundial será multiplicado por un factor 3 o 4 de aquí al año 2050. Ahora bien, según el informe del Consejo sobre el clima de la ONU, las emisiones de CO<sub>2</sub> deberán disminuir, a esa fecha, en un 85 % para limitar el recalentamiento climático a 2° C como máximo. Más allá de los 2°, las consecuencias serán irreversibles e imposibles de controlar.

El decrecimiento es, pues, un imperativo para la supervivencia. Pero el mismo supone otra economía, otro estilo de vida, otra civilización, otras relaciones sociales. En ausencia de ellos, el decrecimiento corre el riesgo de ser impuesto a fuerza de restricciones, racionamientos y asignaciones de recursos propios de un socialismo de guerra. La salida del capitalismo se impone, pues, de una manera o de otra. La reproducción del sistema choca, al mismo tiempo, contra sus límites internos y los límites externos engendrados por el saqueo y la destrucción de una de las dos “fuentes principales de las que brota toda riqueza”: la tierra. La salida del capitalismo ya comenzó sin ser aún querida conscientemente. La cuestión pasa únicamente por la forma que va a tomar y el ritmo al que se va a producir.

La instauración de un socialismo de guerra, dictatorial, centralizador, técnico-burocrático, sería la conclusión lógica –estamos tentados a decir “normal”– de una civilización capitalista que, preocupada por valorizar masas crecientes de capital, procedió a lo que Marcuse llama la “desublimación represiva” –esto es, la represión de las “necesidades superiores” para crear sistemáticamente necesidades crecientes de consumo individual, sin ocuparse de las condiciones de su satisfacción. Ella eludió desde el comienzo la cuestión que se encuentra en el origen de las sociedades: la cuestión de la relación entre las necesidades y las condiciones que vuelven posible su satisfacción: la cuestión del modo de administrar recursos limitados de manera que alcancen de forma duradera a cubrir las necesidades de todos; e, inversamente, la búsqueda de un acuerdo general sobre aquello que bastará a cada uno, de manera que las necesidades se correspondan con los recursos disponibles.

Llegamos, pues, a un punto en el que ya no existen las condiciones que permitirían la satisfacción de las necesidades que el capitalismo nos ha atribuido, creado, impuesto y convencido de tener a fin de colocar todas las mercancías que nos enseñó a desear. Para enseñarnos a renunciar a ellas, la ecodictadura parece ser, para muchos, el camino más corto. Contaría con la preferencia de aquellos que consideran el capitalismo y el mercado como los únicos capaces de crear y distribuir las riquezas; y que prevén una reconstitución del capitalismo sobre nuevas bases después de que las catástrofes ecológicas hayan hecho retroceder a cero los contadores, provocando una anulación de las deudas y los créditos.

Sin embargo, una vía de salida completamente distinta se esboza. Conduce a la extinción del mercado y del asalariado por el florecimiento de la autoproducción, de la puesta en común y de la gratuidad. Encontramos a los rastreadores y exploradores de esta vía en el movimiento del software libre, de la red libre (*Freenet*), de la cultura libre que, con la licencia CC (*creative commons*), vuelve libre (y libre: *free*, significa, en inglés, a la vez libremente accesible y utilizable por todos, y gratuito) el conjunto de bienes culturales –conocimientos, software, textos, música, películas, etc.– reproducibles en un número ilimitado de copias a un costo insignificante. El paso siguiente sería, lógicamente, la producción “libre” de toda la vida social, comenzando por sustraer del capitalismo algunas ramas de productos susceptibles de ser autoproducidos localmente por cooperativas comunitarias. Este tipo de sustracción de la esfera mercantil se amplía para los bienes culturales, en cuyo ámbito ha sido bautizada “*out-cooperating*”; un ejemplo clásico es Wikipedia, que está en vías de “*out-cooperate*” a la Enciclopedia Británica.

La extensión de este modelo a los bienes materiales se ha vuelto cada vez más factible gracias al descenso del costo de los medios de producción y a la difusión de los saberes técnicos requeridos para su utilización. La difusión de las competencias informáticas, que forman parte de la “cultura de lo cotidiano” sin tener que ser enseñadas, es un ejemplo entre otros. La creación de *fabbers*, también llamados *digital fabricators* o *factories in a box* –se trata de una suerte de talleres flexibles transportables e instalables en cualquier lugar– abre a la autoproducción local posibilidades prácticamente ilimitadas.

Producir lo que consumimos y consumir lo que producimos es el camino real hacia la salida del mercado. Esto nos permite preguntarnos de qué tenemos realmente necesidad, en cantidad y en calidad, y redefinir por consenso, teniendo en cuenta el medio ambiente y los recursos a administrar, la norma de lo suficiente, que la economía de mercado ha hecho todo lo posible por abolir. La autorreducción del consumo, su autolimitación –el *self-restraint*– y la posibilidad de recuperar el poder sobre nuestra forma de vida pasan por ahí.

Es probable que los mejores ejemplos de prácticas alternativas en ruptura con el capitalismo nos vengan del sur del planeta, tal como puede juzgarse a partir de la creación, en Brasil, en las favelas pero no solamente en ellas, de las “nuevas cooperativas” y de los “*pontos de cultura*”. Claudio Prado, que dirige el departamento de “Cultura Digital” en el Ministerio de Cultura, declaraba recientemente: “El ‘*job*’ es una especie en vías de extinción... Nosotros esperamos saltar esta fase execrable del siglo XX para pasar directamente del XIX al XXI.” La autoproducción y el reciclaje de computadoras, por ejemplo, son sostenidos por el gobierno: se trata de favorecer “la apropiación de las tecnologías por los usuarios con el objetivo de la transformación social”. Tal es así que las tres cuartas partes del total de computadoras producidas en Brasil en 2004-2005 fueron autoproducidas.

Este texto de André Gorz fue distribuido el 16 de septiembre de 2007 en la universidad de UTOPIA.